

UNA ESTATUA DE CERVANTES

(Ensayo publicado en el libro El Alfarero Desvelado 1964)

Fernando Diez de Medina

A Federico Nielsen Reyes
noble amigo.

Un breve parque rectangular: los árboles no muy altos, la grama no muy tupida, los senderos de arena no muy acogedores. Un pequeño estanque. Juegos para niños. Pero el paisaje circundante maravilla: otro parque más arriba, aéreo casi, entre morisco y sevillano, con pinos y eucaliptos; cerros encrespados de fantasmal dibujo; y al fondo la catedral de nieve del Illimani.

Se diría un refugio de los dioses en un contorno de mitología. Es la plaza España en La Paz de Bolivia.

En Sudamérica los parques y las plazas son ágoras y remansos a la vez. La vida civil se condensa en ellos: fiestas, revoluciones, pronunciamientos, comicios, tensiones colectivas. Las muchedumbres buscan los espacios abiertos, las áreas verdes para volcar su inquietud. Entonces el mágico recinto se puebla de músicas, de balas, de gritos, de sonoras palabras retumbantes. Esto no es lo frecuente. Lo frecuente es que el parque o la plaza se vean vacíos, silenciosos, turbada apenas su natural quietud por los visitantes domingueros. Por eso los aman los enamorados, los soñadores, los niños y los viejos. Porque son "samiri", descansaderos —como piensa el aimára— donde se recupera la energía y se purifica el corazón.

El parque fáustico de Europa, asombra y anonada. La pequeña plaza sudamericana brinda intimidad. Aquí el alma del mundo y el alma del hombre se reconocen mejor, porque unimisman.

La plaza mayor da el pulso de la vida civil. Generalmente la circundan la casa de gobierno, un templo, edificios principales. El movimiento de gentes y vehículos acrecienta su importancia.

Pero la plaza menor, más modesta, es sólo una expresión del barrio: jardín, refugio, lugar de reposo. No quiere comandar.

Así era, así es la plaza España en el barrio señorial de Sopocachi.

—¿Plaza? —comentaba desdeñoso un vecino erudito—. Mal empleado el vocablo. Debiera decirse, mejor, parque por reducidas que sean sus proporciones. Porque la "plaza" es el centro motor, el reanimante de la vida vulgar y agitada; en tanto el "parque" trasciende a descanso y poesía, es más bien una defensa contra las fricciones cotidianas. La plaza hostiga, el parque apacigua.

Cierto día el estruendo de los camiones y la algazara de los obreros conmovió la plaza España: se trataba de remodelarla. Desapareció el estanque, se pavimentaron sus caminos, mejoró el alumbrado y en el área central a la que se dió la necesaria amplitud, se pusieron los cimientos del pedestal que sostendría una estatua. Nueva siembra de pasto. Alambres de púa para proteger los jardines. Los escalones de piedra de diseño más suave. Sobre el mosaico rojo se alzó lentamente una base de granito de Comanche, con la austeridad de líneas que amaron los Tiwanakus, esos dorios del pasado andino.

Transformado y embellecido el recinto, sacaron de su caja de madera una estatua de bronce y con ayuda de una grúa la izaron a su definitivo emplazamiento.

Día de fiesta en el barrio. Banderas, discursos, flores, homenajes. Debió prolongarse con una retreta nocturna, pero la fuerte lluvia lo impidió; y la estatua, como el hombre que

representaba, quedó solitaria en su grandeza y su desdicha. Símbolo perfecto, a un tiempo, del grande infortunio y del genio inmortal que levantaron el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra.

Es una figura armoniosa, un gentilhomme del siglo XVI, de cuello engolado, espada al cinto y capa corta. El rostro meditativo, el ademán gentil. La estatua es tan proporcionada, y su emplazamiento tan adecuado, que de cualquier ángulo que se mire aparece siempre resaltando sobre un fondo arbóreo. Viéndola como se humaniza el paisaje, el recinto cobra un aire antiguo, familiar. Y al doble conjuro de las dos palabras sempiternas —España, Cervantes— se comprende mejor al progenitor de Don Quijote, este amigo de los hombres que jamás termina su lección magistral de verdad y humanidad.

De las muchas frases escuchadas el día inaugural, recojo ésta de un obrero, que acaso nunca oyó el nombre de Cervantes, o bien se deslumbró con la figura idealizada del monumento:

—Había sido elegante el caballero...

Aparenta un juicio trivial y es, en el fondo, una clave para entender la estética cervantina. Elegancia: del ser, del proceder, más difícil que un elegante del vestir. Grande arriba o abajo, noble y sencillo, mezclando gravedad y humorismo como expresiones polares del carácter humano, circunspecto en la victoria, estoico en la desgracia, Cervantes, mejor aún que su desafortunada criatura ideal, el destructor de las novelas de caballería, ha sido en verdad el último caballero que el mundo ha visto si se concede al término la hondura trascendida de una ejemplaridad renovada.

Cuando Cervantes, apesar de sus quebrantos, sostiene:

“Es una alegría vivir y ser hombre...”

ha dado, en siete palabras, la ética y la estética del caballero cristiano. Es, la suya, una filosofía viril, de amanecer, puesta en labios de Don Quijote, personaje crepuscular. Amar la vida, infundir confianza a los demás, ¿no es el primer rasgo de señorío? ¡Oh coraje sin mengua y sin astilla!

Cuanto más se ensaña la suerte con él y con su héroe, con mayor brío se levantan hidalgo y escritor, que Cervantes y el hijo de su ingenio no son criaturas pusilánimes, antes bien varones esforzados que se templan en la desdicha y en el vencimiento de las dificultades. Sólo un maestro de vida, puede contrapuntear tan donosamente los temas del desfallecer y la recuperación. Dice el poeta acongojado:

¡Ay de cuán ricas esperanzas vengo
al deseo más pobre y encogido!

Pero él mismo busca alivio a sus males reflexionando:

“Siempre deja la ventura una puerta
abierta en las desdichas”.

Del más negro pesimismo:

“Aro en el mar y siembro en el arena... ”

se levanta, por sí solo, a una tonificante sabiduría de la acción:

“Esfuércese, esfuércese; que el descaecimiento en los
infortunios, apoca la salud y acarrea la muerte”.

Si en un pasaje se aflige porque

“...todo se vende y todo se compra... ”

él mismo se replica en otro certificando

“... la sana voluntad de un pecho hidalgo, que
aventaja en la bondad del ánimo y en la
firmeza de la fe”.

Cervantes tuvo en la vida su mejor escuela. Los hombres antes que los libros le enseñaron a razonar. Como afirma Bickermann: "nadie vió más hondo el problema del poder y del gobierno, la ciencia de la vida práctica y de la sabiduría especulativa. Por eso su prudencia y su saber se dan con elevación y gracia indefinibles". Este soldado valeroso que no se creía

escritor, ha descubierto la filosofía más preclara: saber perder! No lo manifiesta expresamente, pero lo revelan sus actos y sus juicios. El varón superior no es hijo de la victoria, mas criatura de los contrastes que supera y lo fortalecen para proseguir el combate renovado de los días. Saber perder: dos palabras tan sencillas y un arte tan difícil. Son, en verdad, la mitad de la ciencia de la vida. La derrota no es un fin sino un principio: el principio de una nueva hazaña. Y la otra mitad para una filosofía dinámica del existir, manda así: ¡atrévete y persiste!

Algún día se hará el paralelo entre los dos insignes Migueles: el de Unamuno, todo él rayo de orgullo, victorioso; y el de Cervantes, el gran infortunado, criatura de adversidades, héroe, mártir, desdichado, adalid en nobleza y dignidad. Y ciertamente, aunque ambos dividan jerarquía en punto al pensamiento, siempre el Hombre-Cervantes aventajará en grandeza moral al Hombre- unamuno. Porque aquel viene de la piedad cristiana y éste del orgullo intelectual.

Thomas Mann lo ha visto con perspicacia cuando sostiene que Cervantes es un producto de la cultura cristiana, del cristiano conocimiento del alma; y que el hidalgo "lamentablemente magnífico", por su grandeza, su idealismo, su generosidad mal aplicada, su caballerosidad inútil, es no obstante el varón sin tacha merecedor de respeto y simpatía. El más humano de los hombres, el amigo de todos.

Véase aquí, en la efigie broncea, alto, esbelto, gallardo y reposado. ¡Pero cuán otra la figura real, donde la malaventura destroza todos los sueños del ambicioso! Cervantes ignoró la delicia tierna y sosegada del vivir hogareño, no disfrutó los goces de un pasar bonancible y seguro.

Familia no la tuvo, ni círculo de afectos, ni amigos permanentes. Su vida irregular y bohemia transcurrió de peripecia en peripecia. No tuvo suerte el soldado ni ganancia el escritor. Anduvo siempre enredado en deudas, pleitos y querellas, urgido de amparo y fiadores. Careció de profesión, de sentido práctico para imponerse en el torbellino del diario acontecer. Tuvo que humillarse ante protectores indignos y tocar puertas de poderosos estúpidos que no adivinaron la alteza de su genio. Enemigos y envidiosos le amargaron la existencia. El Quijote apócrifo envenenó su ancianidad. La sombra de Lope oscurece su fina poesía: le impide volar. Quiso reformar el mundo y sólo alcanzó a satirizar sus defectos. Todo anhelo se frustra en su destino adverso. Pobreza, dolor, envidia y desengaños lo acosan sin respiro, Por eso el desencantado pone en boca de Don Quijote la sabia sentencia que a su turno repetirán todos los reformadores, idealistas, luchadores y soñadores que le han sucedido: "Yo, Sancho" nací para vivir muriendo..."

Poderoso en ideales, mísero en logros, Cervantes es el arquetipo del hombre que lucha contra el destino y se rescata por las letras de la miseria de un vivir lamentable. Fustigado, de quebranto en quebranto, no cesa nunca en su actividad ejemplar. Carácter indomable, nada lo abatirá definitivamente porque resurge, siempre, intrépido y sonriente dispuesto a una nueva lid.

No es el bravo engreído de los triunfos osados, sino el héroe ennoblecido en soledad y humillaciones. La sátira y la risa le impiden caer en desesperación. Su amor a la vida, su comprensión magnánima de los hombres, la nobleza de su pensamiento, la ironía maestra con que se burla del mundo, de su criatura ideal y de sí mismo, han permitido a un ensayista afirmar que en el Quijote está todo el hombre.

Y es ciertamente así.

"Yo que siempre trabajo y me desvelo... "

Es la queja melancólica del esforzado sin recompensa. Pero a poco, el levantador de voluntades, susurra al oído del desfalleciente:

"Que no es de estima lo que poco cuesta".

Y éste alternar entre desesperanza y optimismo, este descaecer del alma y este constante resurgir del espíritu, estas batallas interiores del ánimo, estos desfallecimientos momentáneos y estos ulteriores bríos recuperados, son los que dan a Cervantes y al Quijote calidad humana,

entrañable realismo y a un tiempo levantada idealidad.

Don Quijote, loco y sabio, clave y contraclave del hombre emprendedor, domina enteramente los dos mundos de sueño y realidad. Cervantes, sabio y desdichado, dialéctico impenitente, constructor de su proeza, meditador de sus desventuras, no tiene "su" mundo como el Caballero de La Mancha y se mueve con menor desenvoltura en la complicada urdimbre de la realidad contingente.

¿Heroísmo y miseria de lo cotidiano? ¿La realidad idealizada? ¿Los sueños asaeteados por la burla y la ironía? ¿El hombre analizado en la plenitud funcional de su vivir, centro de vacilación de contorno indefinible? ¿El mundo como es, como debiera ser, como quisiéramos que no fuera?

Hay tal fuerza torrencial de vida en el Quijote y hubo un ímpetu trascendental de comunicación en el alma atormentada de Cervantes tan profundo, que cuanto más se lee y se relee sus obras, se descubren otros rasgos, se abren perspectivas inéditas, como si del hormiguero humano y del laberinto cósmico se alzarán hombre y mundo nuevos, en una renovada plasticidad, en un cromatismo mágico que sólo don Miguel pudo señorear. Porque hay una forma cervantina, un colorido cervantino, que sólo captan el mucho ver y el largo meditar.

“No quiero sujetarme al contuso juicio del desvanecido vulgo”.

dice el cuitado con fina previsión. Y muchas veces encubrirá el agudo pensar para que no sea pasto de ignorantes. Pero si se lee y reflexiona con atención, cada sentencia es una síntesis de vida redondeada en forma precisa y armoniosa. No hay mejor maestro de conducta, de mundanidad, de sabiduría en la persona, de certezas del pensar, de contradicciones del vivir, que este personaje doble, compuesto de un ser real y una criatura ideal. Este Don Quijote-Cervantes que sublima realidad y fantasía, en el más inusitado matrimonio. Escribe Cervantes: sujeta el pensamiento. Perora Don Quijote: desbridanse las ansias. Pero entrambos saben el secreto de maridar inquietud y reflexión.

“deleite mucho mayor es imaginado que gozado”.

Y en esto de vivir soñando o imaginar venturas, hidalgo y pensador son discretos, reflexivos, porque aunque amigos de controversia, "terribles dialécticos", terminan siempre por cortar ellos mismos las alas de su fantasía para volver al duro mundo de las realidades. Por eso el crío tico sagaz dirá que aunque encarna la ceguera y alucinación del hombre, aun en medio de su locura, "¡qué discreto, qué noble, cuánta delicadeza hay en el alma de Don Quijote y cuántas cosas sabe!" Juicio que puede extenderse y con razón mayor a Cervantes, que en el Persiles, en La Galatea, en las Novelas Ejemplares, los Entremeses, Comedias, y sus poesías, —además de haberlo hecho ya con abundancia en el Quijote— se convierte en el más consumado informador de vida. Nada escapa a su mirar dardeante: hombre, mundo, formas y matices. El héroe más intrépido marcha siempre con su sombra vacilante de humanidad recóndita. No hay grandeza absoluta ni miseria total. Si el pensamiento es ala y muleta, la acción bascula del acierto al riesgo. Un personaje natural puede ascender al tipo heroico; el varón superior está expuesto a caer en mezquindad. Y es que Cervantes, acostumbrado al máximo roce con la humanidad doliente —grandes, poderosos, pobres, locos, presos, héroes, desdichados, soberbios, humildes, rústicos, soldados, sabios e ignorantes— conoce al hombre por dentro y por fuera. Sabe sus secretos, adivina sus intenciones. Y de tanto estudiar el caso y ver siempre al ideal batido por la habilidad utilitaria, lanza las dos famosas expresiones que constituyen una "summa" de sabiduría mundana:

"El mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero.

“Porque los mercaderes son mayores en su sombra que en sí mismos”.

Aquí está, en su pedestal de granito, sereno y elegante, como un noble profesor de

humanidades. Descansa la espada. En la diestra un rollo de papeles. La cabeza pensativa. Bajo el porte señorial de la figura renacentista, asoma la imagen más veraz del varón descalabrado, del pensador jovial y melancólico a un tiempo. La estatua representa una imagen ideal de Cervantes.

La figura real sería, tal vez, menos apuesta. Pero es justo que el gran desventurado tome la forma apolínea para redimirse de su castigada suerte.

“Oh vanas esperanzas de la gente!

Cómo pasáis con prometer descanso

Y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño”.

Nada más que un hombre, nada menos que todo un hombre. Intrépido y altivo, cortesano y lisonjero a la vez. Le rozan las sienes el triunfo y las humillaciones. Es noble, generoso, magnánimo, pero a veces bordea los caminos del picara. Pelea sin descanso contra la mala suerte, abrumado por las desdichas y su incapacidad congénita para labrarse bienestar.

Soldado valeroso, escritor profundo y remansado. Su grandeza de alma asoma en su capacidad de sufrimiento, en su valentía para alzarse de la caída y del error. Otros pasan en confidencia quejumbrosa; él prefiere callar sus penas que vertirá sólo al papel. Mira en todo, todo lo apasiona: tiene un poder mágico de aproximación y simpatía por los seres y las cosas. Despierto a los deslumbramientos del vivir, también lo acicatea la cercanía del último misterio:

“Y la muerte que a todo humano sorbe”.

Porque ha sufrido mucho, mucho entendió del padecer humano. Hizo de la realidad, fantasía; y a la fantasía convirtió en realidad. Gran mago del mundo, oceanógrafo del hombre, nadie le supera en sutilezas del razonar ni en primores del bien decir. Envidiado siempre, comprendido nunca. ¿Qué hado inescrutable lo guía, que de las mayores desventuras hará fuente de verdad y poesía?

Sin el enigma de su vida no se comprende bien el misterio de su arte portentosa.

Y al poeta: ¿quién podría jactarse de conocer al poeta Cervantes, aminorado en vida por los soles de Góngora y de Lope? No sólo en sus composiciones líricas, sino también en las interpolaciones de obras en prosa, tuvo el señor de Saavedra versos que por bellos y profundos habría envidiado el divino Herrera:

“¡Oh más que la belleza misma bella”

más que la propia discreción discreta,
sol a mis ojos, y a mi mar estrella!”

Y aquellos hermosísimos con que el Turco se dirige a la Gran Sultana doña Catalina de Oviedo:

“Soy contento. Queda en paz
guerra de mi pensamiento”.

“Yo soy tu circunferencia
y tú, señora, mi centro”.

¿Pero a qué buscar versos con metro y rima, si en Cervantes prosa, ingenio, observación y meditar transfloran en la más honda poesía? Aunque no hubiera compuesto poemas y sonetos, ni obras teatrales en verso, él será siempre noble aedo, el que transcribe el gran espectáculo del mundo, la hazaña del hombre, en hondas y sentidas emociones, en prosa levantada y profundísima.

Poeta: el revelador. El que sabe acordar la gravedad de las filosofías con la música del lenguaje.

¿Y no había de serlo quien pensaba así?

“La vida que corre sobre las ligeras alas del tiempo”.

Cierta noche, en la soledad de la plaza iluminada, se oyó este diálogo entre un desconocido y la estatua cervantina.

—Señor de las Españas —dijo el hombre— bien haya el designio que os trajo a estos montes de altura y desventura. Aquí donde la raza humana es como más noble y más sufrida,

porque doblado brota su esfuerzo y corto en recompensas transcurre su existir. Defendí siempre la verdad. ¿Cuál es la causa de mi mal pasar?

Y respondió la estatua:

—"La lengua, que en ella consisten los mayores daños de la humana vida".

Tornó el hombre a preguntar:

—¿Quiénes son mis enemigos, de quien me cuidaré mejor?

—"De la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida".

—Entendido —dijo el visitante— procuraré apagar las luces de mi marcha. ¿Pero creéis que un tiempo duro y desordenado como el actual, puede admitir a caballeros del bien y del ideal?

—"Donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida".

—Entonces me aconsejáis retiro y vida quieta...

—"Tiempos hay de acometer y tiempos de retirar".

Insistió el desesperanzado:

—Fingir, engañar... ¿No me habrían conducido a mejor término? He cavilado tan largamente entre las ventajas de la mentira y los riesgos de la verdad.

Y replicó la estatua:

—"Hay verdades tan lindas y tan donosas que no puede haber mentiras que se le iguallen".

—Tan desengañado vivo de amigos y de gentes, que ni estudios ni diálogos abren puerta al sosiego. ¿Qué me aconsejáis?.

—"La música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu".

Y preguntó el hombre:

—¿Por qué el rico pícaro puede más que el pobre honesto, y casi siempre se encumbra y se adula al tonto acaudalado?

Y dijo la estatua:

—"Las necesidades del rico por sentencias pasan en el mundo".

—A pesar de mis desencantos, quiero comunicar con los demás. Si hablar perjudica y sostener la verdad daña; ¿cómo daré salida a la interior inquietud que me devora?

—"La pluma es lengua del alma".

—Bien dicho —repuso el desconocido—. ¿Pero es que ella me permitirá conocer bien a los demás, sorprender sus secretos, y captar la esencia vivaz de cada persona que frecuente?

—"No sabe nadie el alma de nadie" —repuso el señor de bronce.

Y el otro, pertinaz, no podía disimular su ambición recóndita, su deseo de actuar y manejar hombres y cosas.

—¿Pensáis que hemos venido al mundo para enmendarle o para vivirle? Yo quisiera entenderle su complejidad para ordenarle en mejoría.

Y la estatua, gravemente, contestó:

—"Todo este mundo es máquinas y trazas, contrarias unas de otras".

—Creo que fui valeroso y esforzado. Me faltó la dureza para vencer.

—"Nunca dijo bien la crueldad con la valentía".

Amoscóse el visitante:

—Vos no nos daréis dólares ni rublos, escudos de oro, ínsulas maravillosas, equipos técnicos ni portentos de la época; nada de cuanto anhelan los Sanchos modernos y voraces, porque tenéis la bolsa flaca y las manos desasidas de tesoros y regalos.

Luego, como pesaroso, agregó:

—Si pudierais señalar dos evidencias para restituir confianza y alegría a mi corazón...

Y la estatua replicó:

—"La libertad, la cosa más amada. El sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos".

Antes de alejarse preguntó aun el hombre:

—¿De quien me cuidaré más, ahora y en el futuro?

Y escuchó la respuesta final:

—" Del circunspecto ignorante que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende".
Fuése el preguntón y de la estatua brotaban todavía sentencias que se perdían en el silencio de la noche. Una —entre todas— era digna de grabarse en los relámpagos:

"Para mí sólo nació Don Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno".

Y volvieron silencio y soledad a la plaza donde alza su silueta el Caballero de las Españas, aquel que en dos oportunidades se aproximó al Alto Perú, es decir a las altas comarcas de los bolivianos: una cuando solicitó al Rey de España que le diera el cargo de Corregidor de Nuestra Señora de La Paz, petición que fue negada; y otra en aquel sentido pasaje revelador de su gratitud al escudero inmortal:

“Si tuviera que pagar, oh Sancho, lo que a tí se debe, no bastarían las minas del Potosí “.

Habrán monumentos más insignes, estatuas de pompa y relieve mayores, pero ninguna como ésta adecuada al tránsito del hombre y su destino: aquí están el varón más noble, el ingenio más fino, la enseñanza entrañable de vida y pensamiento al servicio de la humanidad intemporal.

Pasarán mil años, dos mil, acaso más... Cervantes seguirá siendo maestro de vario vivir, varón cabal, alma inmensa, insondable si las hay. Asombro de pensadores y prosistas. Poeta prodigioso de la primera línea hasta la última. Gran confesor del corazón, mago de la voluntad.

Hermano mayor en la duda y en los quebrantos. Ingeniero de las ideas, músico del idioma. Un portento.

En este pequeño parque boliviano, recinto armonioso al pie del Illimani, dictareis cada día cátedra de dignidad, de inteligencia, de belleza.

¡Oh señor don Miguel de Cervantes Saavedra, padre de Don Quijote, amigo de los hombres!